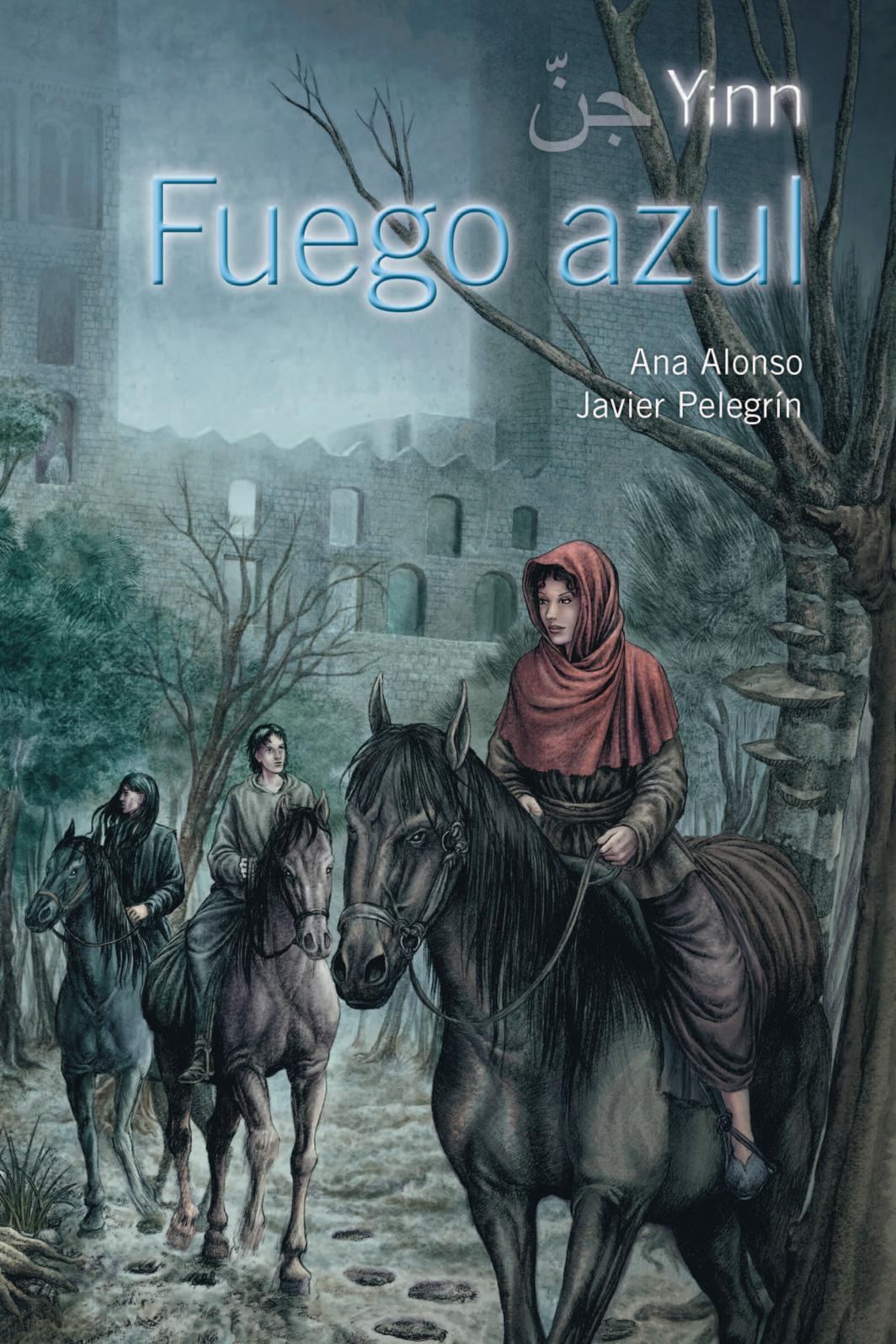


Yinn
جن

Fuego azul

Ana Alonso
Javier Pelegrín



Capítulo 1

MIENTRAS ESPERABA en el patio junto a la alberca de aguas verdosas, Sahar se estremeció de frío. Sentía las miradas de las mujeres de la casa fijas en ella a través de las celosías de madera del piso de arriba; había oído una risa joven, murmullos sofocados, y estaba segura de que la espiaban.

Se arrebujó lo mejor que pudo en su manto de paño oscuro. No estaba acostumbrada a salir a la calle a esas horas de la tarde, ya cerca del crepúsculo; y aunque los naranjos de Isbiliya ya habían florecido, inundando los jardines con el olor del azahar, aquellos últimos días del mes de *Dhul-Qa'da* estaban resultando menos tibios de lo habitual. Un viento helado agitaba las copas de los cipreses, que proyectaban contra el azul apagado del cielo sus espigadas sombras negras...

Sahar respiró hondo y exhaló el aire despacio hasta que el velo, humedecido por el calor de su aliento, osciló ante sus labios. Justo en ese momento oyó pasos procedentes de la parte noble de la casa

Se volvió con rapidez. Nasser la saludó juntando las palmas de sus manos sobre el pecho e inclinando levemente la cabeza.

—Sahar al-Fassiya, la paz de Alá sea contigo. Es un honor y una sorpresa recibirte en mi humilde morada... ¿A qué debo la bendición de tu visita?

—Nasser al-Abbas, perdona mi atrevimiento al presentarme de esta forma en tu casa. Te ruego que ofrezcas en mi nombre mis excusas a tu padre por mi conducta. No habría venido si no se tratase de un asunto de gran urgencia para mí.

—Mi padre no ha regresado de palacio todavía. No tienes por qué preocuparte. ¿Qué ocurre?

La muchacha señaló con delicadeza el arco que comunicaba el patio con la vivienda principal.

—¿No podríamos hablar en un lugar más privado? En estos sitios, las paredes oyen...

—Sahar, sé que no estás acostumbrada a los formalismos que observan otras mujeres... pero debes comprender que me estás poniendo en un compromiso. De todos los hombres del mundo, soy el más interesado en que ninguna calumnia pueda manchar tu reputación.

Las mejillas de Sahar comenzaron a arder bajo su velo. Se alegró de que Nasser no pudiese notar que se había ruborizado.

Conocía las pretensiones de Nasser y de su familia. En un par de años, ella estaría probablemente viviendo en el harén de aquella misma casa, convertida en su esposa. Sería una boda muy ventajosa para todos, como su hermana Amira no se cansaba de recordarle. Y en algunos momentos, Sahar había llegado a pensar que Amira tenía razón. No conocía mucho a Nasser, pero le agradaban su seriedad y su descuidada elegancia. Si tenía que casarse, prefería hacerlo con él que con cualquier otro de los jóvenes que conocía (bien es verdad que no conocía a muchos).

El problema era que no entraba en sus planes convertirse tan pronto en una mujer casada...

Pero eso era algo que, por el momento, no podía explicarle a Nasser.

Además, estaba allí por una razón que nada tenía que ver con aquella posible boda. Y le molestaba que Nasser pudiese pensar otra cosa.

—Se trata de mi padre —dijo en voz baja—. Hace más de cuatro meses que no tengo noticias suyas.

Nasser la contempló pasmado.

—¿Tareq lleva tanto tiempo fuera de la ciudad? Lo siento, no tenía ni idea —murmuró—. Has hecho bien en venir; una muchacha en tus circunstancias... ¿Cómo es que nadie me ha comentado nada?

Mientras hablaba, el joven tomó de la mano a Sahar y la condujo hacia un salón abierto al patio donde se veían alfombras, cojines y varias mesas bajas hechas de bronce y de maderas taraceadas.

—Por aquí se sube a mis aposentos —explicó, guiándola con pasos precipitados hacia una estrecha escalera—. Sé que es algo bastante inapropiado, pero no te preocupes; cuando se lo explique, mi madre lo entenderá... Cuéntame, ¿dónde está Tareq? ¿Cuánto tiempo hace que no tienes noticias suyas?

Jadeando todavía por el esfuerzo de la subida, Sahar se sentó en uno de los almohadones de brocado que había sobre la estera, en un rincón de la habitación. Nasser se ausentó un momento y regresó con una lámpara de aceite encendida, pues la luz que se filtraba a través de las celosías era muy débil a esa hora de la tarde.

—Todos los años, a comienzos de la primavera, mi padre viaja a los reinos cristianos para recoger hierbas medicinales —explicó Sahar—. Él dice medio en broma que esas hierbas son el secreto de su fama como médico... pero algo de verdad debe de esconderse en sus palabras, porque, si no fuera así, no perdería tres meses al año en

esos viajes. El año pasado no pudo ir, y encargó lo que necesitaba a un herbolario que vive cerca de la alcaicería de la loza. Pero el hombre no supo cumplir el encargo, y mi padre se puso furioso... El caso es que este año decidió partir en pleno otoño. Aseguró que estaría de vuelta a mediados del mes de *Shawwal*, pero de eso hace ya más de cuarenta días, y no ha regresado.

—¿Por qué decidió viajar en la estación fría? No tiene sentido —murmuró Nasser, sentado sobre otro cojín, a una respetuosa distancia de su invitada—. En invierno no crecen las plantas, y menos en esas frías tierras del norte... Tuvo que viajar por algún otro motivo.

—Habló de un mercader que comercia con escritos antiguos en la ciudad de Toledo —añadió Sahar después de un breve silencio—. No estoy segura de que fuera a verlo, pero quizá lo hiciera.

Nasser asintió, dando a entender que esa última explicación le convencía más.

—¿Un mercader musulmán? —preguntó—. ¿Conoces su nombre?

—El nombre no lo sé, pero sé que es judío.

Nasser suspiró.

—Eso complica un poco las cosas —dijo, buscando la mirada de Sahar en la penumbra.

Ella asintió imperceptiblemente. Sabía que los almorrávidas que dominaban la ciudad no veían con buenos ojos los tratos de los musulmanes con comerciantes judíos. Si averiguaban que los motivos de Tareq para permanecer tanto tiempo en territorio cristiano estaban relacionados con esa clase de asuntos, el médico podría perder a algunos de sus más poderosos clientes.

—Sé que eres bien recibido en el palacio del gobernador —dijo la muchacha sosteniendo la mirada de Nasser—. Necesito que busquen a mi padre, que alguien me traiga

noticias tuyas. Nunca ha estado tanto tiempo ausente sin enviar noticias. Siempre viaja con una o dos palomas mensajeras. Me habría avisado de haber podido hacerlo. Tengo miedo de que le haya ocurrido algo malo...

—No te preocupes, lo buscaremos —afirmó Nasser en tono decidido—. Mi padre se encargará. Pero, mientras tanto, no puedes seguir sola en esa casa. Hablaré con Yusuf, el marido de tu hermana Amira.

La expresión de pánico de Sahar le hizo sonreír.

—Entiendo que la idea no te guste, pero será algo temporal. Yusuf es un buen hombre, y dispone de los medios para ofrecerte todo lo que necesites. Tiene una casa muy amplia, con un jardín precioso...

—Espera, Nasser; no puedo abandonar mi casa. Si llegan noticias, llegarán allí. Tiene que haber alguien para recibirlas. Además, no estoy sola. Me cuida Fátima, como siempre lo ha hecho. Y están los criados de mi padre.

—Pues que sean ellos los que te avisen cuando lleguen noticias. No discutas conmigo, Sahar. Sabes que tengo razón, y es la condición que pongo para ayudarte a encontrar a tu padre. Estoy seguro de que Tareq estaría de acuerdo conmigo si pudiera darnos su opinión. ¿Es que no te llevas bien con Amira?

—No es eso —murmuró Sahar, derrotada—. Es que mi casa... significa mucho para mí.

Sus ojos se encontraron una vez más con los de Nasser, y ambos permanecieron callados durante unos instantes, mirándose. La lámpara de aceite proyectaba su luz danzarina sobre las paredes, donde se recortaban, grotescamente agigantadas, sus dos sombras.

Por un momento, Sahar pensó en contarle a Nasser las verdaderas razones que le impedían alejarse de su hogar. Deseó explicarle lo que significaban para ella los libros de Tareq, las hierbas secas que colgaban de las vigas

de su pequeño laboratorio, las alquitaras de cristal, los frascos llenos de alumbre, alcohol puro, almizcle y otras exóticas esencias...

Pero sabía que no debía hablarle de esas cosas a su futuro prometido. ¿Qué pensaría Nasser si llegaba a enterarse de que la joven con la que deseaba casarse aspiraba en secreto a ejercer la medicina, y de que llevaba preparándose para ello desde la infancia?

Seguramente, la idea no le haría demasiada gracia.

—Hagamos una cosa —dijo el muchacho sonriéndole alentadoramente, como si ella fuese una niñita malcriada que se resistiese a tomar un medicamento por su mal sabor—. Yo hablaré con Yusuf, y le pediré que le dé permiso a tu hermana para ir esta semana a tu casa, a ayudarte con los preparativos. Mientras tanto, su marido se encargará de prepararte unos aposentos dignos en su casa. Estarás muy a gusto, ya lo verás.

Sahar asintió con desgana. Sabía que no le serviría de nada discutir. Si el precio que tenía que pagar a cambio de la ayuda de Nasser era dejar su casa e irse a vivir con Amira, estaba dispuesta a sacrificarse.

Desde los patios traseros llegaba el olor del cordero asado con tomillo y de las frituras con miel que las criadas estaban cocinando para la cena.

—Es muy tarde, debo irme —murmuró Sahar poniéndose de pie—. Te agradezco mucho que me hayas escuchado, Nasser; y te lo agradeceré aún más cuando, gracias a ti, me lleguen noticias de mi padre.

—Respecto a lo de mudarte a casa de tu hermana...

—Habla con Yusuf, si quieres —Sahar se envolvió en su manto de lana mientras Nasser tomaba en sus manos la lámpara de aceite y la guiaba hacia las escaleras—. Si pudieras informarme de tus gestiones con el gobernador... Puedes hacerlo por carta, si visitarme te parece inapropiado.

—Cuando estés instalada en casa de Yusuf, será perfectamente apropiado que te visite, y pienso aprovecharme de ello, créeme —dijo Nasser, que ya había empezado a bajar las escaleras delante de ella—. Te acompañaré a tu casa; a estas horas las calles no son seguras.

—No, no; no hace falta —replicó Sahar con viveza—. Fátima y nuestro esclavo Alí están esperándome fuera. Si nos ven juntos, la gente podría murmurar.

—Tienes razón —en la voz de Nasser, Sahar creyó percibir una nota de alivio—. Pero antes de irte, ven a saludar a mis hermanas y a mi madre. Ni siquiera te he ofrecido unos dulces... Pensarás que soy un bárbaro.

Estaban ya en el salón que se abría al patio. El viento rizaba el agua de la acequia, mezclando su rumor al chapoteo de las ondas contra la piedra lisa.

—Prometo saludarlas en otra ocasión menos inoportuna. No son horas de hacer visitas, y no deseo que tu madre piense mal de mí. Adiós, Nasser... Esperaré tus noticias.

Pasaron al portalón de la casa, alumbrado por dos antorchas que olían a resina. La enorme puerta de madera claveteada estaba entreabierta. Nasser la abrió del todo para dejar pasar a su invitada.

Fuera, Fátima y Alí aguardaban charlando en susurros. Los dos callaron instantáneamente al ver aparecer a su ama.

—Hasta pronto, Sahar —murmuró Nasser.

Los dos jóvenes cruzaron una última mirada. Sahar se dio cuenta de que a Nasser le costaba trabajo separarse de ella. Sonrió bajo el velo, secretamente complacida.

Pero la sonrisa se borró de su rostro en cuanto doblaron la esquina y se enfrentaron a la oscuridad de una calle estrecha y sinuosa, de empedrado desigual. Era la primera vez que caminaba de noche por la ciudad, y ni siquiera ha-

bía luna. La antorcha que Alí sostenía delante de ella para guiarla apenas conseguía hacer retroceder las sombras a medida que avanzaba, y las ráfagas de aire húmedo procedentes del río amenazaban con apagarla de un momento a otro.

Sahar luchaba para controlar el revoloteo del manto alrededor de sus cabellos. Fátima caminaba a su lado, renqueando un poco. A pesar de la edad y de su reuma, estaba más acostumbrada a andar por las calles que ella.

Se cruzaron con una patrulla de soldados africanos que venían conversando en un dialecto desconocido. Lo más probable era que se dirigiesen al palacio del gobernador para montar guardia en el turno de noche. Algunos de ellos iban embozados. Sahar rehuyó sus miradas curiosas, descaradas, y apretó el paso. La oscuridad parecía volverse más espesa a cada segundo. La neblina procedente del río velaba incluso la débil luz de las estrellas.

Se preguntó si la noche que envolvía a Tareq sería tan oscura como aquella. Quizá aún lo fuera más. Había oído decir que en las tierras del norte las noches invernales eran más largas y oscuras que en al-Ándalus.

—Padre, ¿dónde estás? —murmuró.

Pero la gruesa tela del velo que cubría su rostro ahogó sus palabras, y solo le respondió el aullido deshilachado del viento.